



MARTÍN KOHAN

Universidad de Buenos Aires  
martindiegokohan@gmail.com

## ADÓNDE VOLVER

**Fecha de recepción:** 06.03.2020

**Fecha de aceptación:** 29.06.2020

**Resumen:** El sinsentido de la guerra de Malvinas no se debió a que fuera una guerra que no podía ganarse, sino a que fue una guerra que no convenía ganar (ganarla habría supuesto seguramente una prolongación de la dictadura militar imperante). Esa ausencia de sentido plantea un desafío visceral a las narraciones de la guerra, que se encara de maneras distintas según se trate de narraciones ficcionales o testimoniales.

**Palabras clave:** épica, guerra, heroísmo, paria, sinsentido

**Title:** Where to Return

**Abstract:** The nonsense of the Malvinas War was not due to the fact that it was a war that could not be won, but because it was a war that should not be won (winning it would for sure have involved an extension of the prevailing military dictatorship). This absence of meaning poses a visceral challenge to war narratives, and it is approached in different ways, depending on whether they are fictional or testimonial narratives.

**Keywords:** epic, war, heroism, pariah, nonsense

Si por algo nos sigue resultando propicia la ya célebre formulación de “qué importa quién habla”, en su traspaso de Samuel Beckett a Michel Foucault<sup>1</sup>, es porque despeja un espacio que permite que quede en primer plano esta otra formulación, capital: ¿Quién narra? Porque

---

<sup>1</sup> “¿Qué importa quién habla?”. En esa indiferencia se afirma el principio ético, tal vez el más fundamental, de la escritura contemporánea [...]. Pero lo esencial no es constatar una vez más su desaparición, como lugar vacío –a la vez indiferente y coercitivo–, los emplazamientos desde donde se ejerce su función” (Foucault 2010: 5).

no importa quién habla, porque no importa quién escribe, es que queda antepuesta la pregunta: ¿Quién narra? Y de paso se revierte la tendencia simplista de la así llamada “literatura del yo” a erigir precisamente un yo en el que, sin ninguna mediación, sin esa instancia de extraposición que Mijaíl Bajtín asignaba incluso, o sobre todo, a los textos autobiográficos, se funden por completo el yo que habla, el yo que escribe, el yo que narra<sup>2</sup>.

En un relato de ficción, por el contrario, se entiende que la voz del narrador, su perspectiva, los grados de distancia y proximidad que mantiene con lo narrado (es decir, en resumen: quién narra) es lo primero que hay que inventar (Ricardo Piglia define el relato de ficción como aquel en el cual el que narra no existe<sup>3</sup>). Algunos textos literarios subrayan este aspecto hasta volverlo incluso un principio constructivo (paradigmáticamente, Borges: narrar como si uno no existiera, en “Hombre de la esquina rosada”; narrar como si uno fuera otro, en “La forma de la espada”, etc.).

Es lo que pasa, por lo pronto, en *Trasfondo*, la novela que Patricia Ratto publicó en 2005. Algo tiene el narrador, algo pasa con el narrador, de tal modo que la interrogación ¿quién narra?, en lugar de resolverse y asentarse, en lugar de plasmarse y establecerse, se complica y se enrarece cada vez más, se va volviendo cada vez más dudosa (no llega hasta los extremos de Faulkner, pero no se deja discernir con toda claridad). Entendemos lo que se narra: zarpa un submarino argentino para entrar en una acción de guerra; desde su interior, ya sumergido, es que van a contarse sus peripecias. Ahora bien, ¿quién narra? Hay algo decididamente equívoco en su posición de enunciación, porque está ahí, donde todo ocurre, y a la vez, parece no estar; porque ve todo lo que pasa desde cerca, pero a él nadie parece verlo; se alarma con los peligros, pero no hace nada al respecto.

*Trasfondo* tiene un epígrafe de Borges. Ahí está todo: es el muerto el que está narrando, es un muerto el que está narrando. Un muerto o, por mejor decir, su fantasma, pues no existe en lo narrado pero existe en la narración; está muerto, ya se ha ido, pero vuelve para poder narrar. Es y no es, está y no está. Diegético y extradiegético a la vez, los otros personajes pueden llegar tan solo a intuirlo, a presentirlo, pero no a verlo, ya que está sin estar; también para nosotros, los lectores, está y no está, y si lo “vemos” (es decir, si lo leemos), es solo en su inexistencia y en su imposibilidad. El que narra se define entonces en la soledad (“Estoy solo, no hay nadie a la vista” Ratto 2012: 7), la larga quietud (“y yo hace días –creo, porque empiezo a perder la cuenta–, días que no me muevo de acá”, 11), el verse raramente ya fuera de peligro (“La tensión ha aumentado, se nota en algunos gestos; yo, en cambio, me siento relativamente tranquilo aunque no podría explicar bien por qué”, 27). Luego advierte que está como muerto (“Yo también estoy en mi cucheta, pero aún no duermo, me he quedado mirando hacia arriba [...]; todos apilados estamos, acaso todos muertos, un ataúd sobre otro, sólo que aún no nos hemos dado cuenta”, 71); y por fin sabemos que, en efecto, sí lo está.

*Trasfondo*, de Patricia Ratto, cuenta la historia insensata de un submarino que, por error, se desprende del resto de la flota y se aventura, inconcebiblemente solo, en pleno

<sup>2</sup> “la extraposición se ha de conquistar, y a menudo se trata de una lucha mortal, sobre todo allí donde el personaje es autobiográfico” (1989: 22).

<sup>3</sup> “Para mí la ficción se define por la fórmula «el que habla no existe», aunque diga que se llama Napoleón Bonaparte y esté diciendo o contando sólo la verdad” (2016: 223).

combate de mar. Ratto vuelve en cierta forma sobre ese célebre pasaje de *La cartuja de Parma* de Stendhal: aquel en el que el personaje, por hallarse demasiado cerca de la acción, demasiado metido en los hechos, no consigue comprender la batalla en la que se encuentra. Así también el submarino de *Trasfondo*: literalmente sumergido en medio de la escena de guerra, en el encierro que define su condición hermética de cápsula, no alcanza a saberse nunca qué es lo que está pasando afuera, qué es lo que está pasando arriba: “No tenemos comunicación ni noticias, no sabemos qué es lo que está sucediendo afuera” (32); “Hay varios de los otros nuevamente en torno a la radio, todos callados, inclinados sobre el aparato, esperan alguna noticia del afuera” (53); “Y entonces imagino cómo ha de ser aquello que nunca veremos desde esta nave clausurada y ciega [...], cómo saberlo, no vamos a ver nada” (75); “eso no podemos saberlo encerrados acá adentro sin ninguna comunicación” (12); “nadie sabe con qué vamos a encontrarnos afuera” (130); “no vamos a saber nada, en realidad, hasta que lleguemos” (122). Cuando llegan, sin embargo, cuando emergen, cuando salen, lo que saben, de lo que se enteran, es que el resto de la flota nunca zarpó, que ellos se largaron al combate en un aislamiento disparatado, que se salvaron por milagro en ese viaje completamente descabellado al corazón del hostigamiento bélico.

*Trasfondo*, como novela de guerra, es por cierto singular, porque es una novela de encierro, de pura espera e inacción (encierro: “parece que el encierro nos está afectando a todos, comenta Grunwald” (112); pura espera: “mientras transcurre la espera, ese tiempo en suspenso del vamos-a-ver-qué-pasa” (72), “esperar es la sola maldita cosa que podemos hacer” (85); inacción: “no ha pasado nada, no esta vez” (30), “cero novedad, es un día vacío” (65)). No obstante, con tales características, no deja de expresar una verdad de la guerra. De la guerra en general, pues ya von Clausewitz planteaba que una cualidad decisiva para el combatiente era la paciencia, siendo que una de las cosas que más sostenidamente hay que saber hacer en la guerra es esperar<sup>4</sup>. De la guerra en general y de la guerra de Malvinas en particular, ya que, como señaló León Rozitchner, esa guerra se concibió más bien como una no-guerra, o como una ficción de guerra: el propósito del Ejército Argentino era el de invadir las islas (lo hicieron el 2 de abril de 1982) y, a partir de ahí, forzar con eso un compás de espera (subrayo, en la expresión, esa palabra: espera) para abrir negociaciones, sin jamás llegar al intercambio de hostilidades<sup>5</sup>.

Algo hay de beckettiano en el transcurso de *Trasfondo*: la espera absoluta, la suspensión, la voz del ausente, la muerte. Pero lo hay, en especial, en la evidencia del total sinsentido que lo va envolviendo todo. Parten con esta sensación: “Quizás todos seamos personajes de una historietita ridícula” (22); y regresan con esta otra: “tratando de entender cómo habrá sido esto de estar en la guerra” (140). Lo ridículo, lo absurdo, lo imposible

<sup>4</sup> “En muchas guerras la acción abarca la menor parte del tiempo y la inacción la mayor parte” (1997: 25).

<sup>5</sup> “emprendieron otro ‘cómo si’ de guerra que esta vez simulara ser una guerra de verdad; que proporcionara con su fácil triunfo la apariencia de realidad [...]. Que la ‘guerra’ fue concebida como ‘representación’ es lo que demostramos y lo que el mismo Galtieri demostró: cómo contaba con el apoyo devoto de los EE.UU., y pasaba de la ‘escasamente posible’ a la ‘totalmente improbable’ reacción armada inglesa. Las dos le fallaron. Fue precisamente eso lo que trastornó el plan y se pasó de la ‘representación’ de la guerra a la presencia real” (1985: 87-88).

de entender, el sinsentido: así narra Patricia Ratto su versión de la guerra de Malvinas. Pero esa versión, una vez más, mediante el disparate y la insensatez, no hace sino expresar una verdad sustancial de esa guerra, de su concreta realidad histórica: que la guerra en sí fue, por sí misma, un disparate y una insensatez, un absurdo, un sinsentido. No fueron los textos realistas, con su fervor por lo verídico, ni tampoco los tantos textos testimoniales, con el sello de autenticidad de la experiencia vivida, los que mejor pudieron acertar con esta verdad de los hechos. La literatura argentina aportó, con gran prontitud y abundancia, la alternativa crítica de una serie de relatos de la guerra compuestos en clave paródica, sarcástica, grotesca; textos tramados en la tradición de la picaresca y no en la de la épica; textos corrosivos que apuntan a desintegrar identidades, en vez de afirmarlas y esencializarlas, como pide cualquier fábula de la nacionalidad, sobre todo en tiempos de guerra<sup>6</sup>.

Contar la guerra pero sin épica, contarla pero sin los énfasis del patriotismo. Contarla en su sinsentido, y no para buscarle un sentido, mucho menos para otorgárselo. De *Los pichiciegos* de Fogwill (de 1983) a *La construcción* de Carlos Godoy (de 2014) y *Mi pequeña guerra inútil* de Pablo Farrés (de 2017), pasando, entre otros, por *Las islas* de Carlos Gamerro (de 1998), *Una puta mierda* de Patricio Pron (de 2007) o *El desertor* de Marcelo Eckhardt (de 1992), la ficción argentina aportó una figuración disidente y disolvente de la guerra de Malvinas; una en la que la astucia pragmática para sustraerse y sobrevivir impera sobre los ideales de un sacrificio heroico por las islas y por la patria. Los pichiciegos de Fogwill, metidos en los túneles sigilosos de su guerra (o su no-guerra) subterránea; los sarcasmos de Gamerro; el soldado de Eckhardt que, en lugar de luchar contra un gurkha, se escapa junto con él; el ejército argentino de Pron, integrado por soldados de apellidos de todas partes del mundo; la abstracción kafkiana de Godoy, la alucinación futurista de Farrés: esta es la secuencia narrativa sobre Malvinas en las que se inscribe *Trasfondo*.

También en *Trasfondo* tambalea o se resquebraja, zozobra y entra en colapso, el paradigma de las epopeyas nacionales, su vibración y su unidad de sentido. La realidad de los hechos se desdibuja en la niebla: “la protectora niebla que nos desdibuja mientras navegamos rumbo al sur” (16) (la referencia no es inocente. La Marcha de las Malvinas, impartida escolarmente a todo niño argentino, empieza ni más ni menos que así: “Tras su manto de neblina / no las hemos de olvidar / las Malvinas argentinas / clama el viento y ruge el mar”). Desdibujado por la niebla, el submarino de Ratto se vuelve un barco fantasma: “La luz de la navegación nocturna acaba de encenderse y eso le da al barco un aspecto fantasmal” (55) (percepción interior), “No nos ven, nadie nos ha visto, nadie nos ve, pero saben que estamos y piensan que podemos hacerles daño. Esta presencia nuestra algo fantasmal los pone nerviosos” (101) (percepción exterior).

Si el barco es barco fantasma, si la propia guerra, presentida pero incierta, cobra un aspecto también fantasmal, ¿quién otro, sino un muerto, quién otro, sino un fantasma, podía ser el narrador de *Trasfondo*? No narra un vivo (un vivo, que sería también un pícaro, un astuto, uno que zafa de la guerra), tampoco narra el muerto (el muerto cabal

<sup>6</sup> Desarrollo esta cuestión en *El país de la guerra* (2014), particularmente en el capítulo “La guerra de Malvinas: contrarrelatos”.

es mudo, no hay testimonio suyo posible), sino –como han indagado Giorgio Agamben (2000) y Georges Didi Huberman (2004)– un tipo de sobreviviente que queda entre la vida y la muerte, que no está ni adentro ni afuera, y que cuenta desde ahí.

El Estado produce parias. ¿Y quién, si no? Los produce, claro, pero de tal forma, con tan amañados discursos, que bien puede pretender, pese a todo, que se trata de elementos ajenos, invasores (un afuera que se inoculó en el adentro) o sobrantes (están adentro pero hay que expulsarlos, lanzarlos hacia afuera). La estigmatización de los parias responde acabadamente a ese dispositivo de exclusión interna que pensó Michel Foucault. Los excluidos ahora están adentro, quedan adentro; definiendo para ese adentro un afuera que ya no se ubica en algún más allá. Los parias son así los excluidos que permanecen, los eliminados que persisten, los otros en el nosotros. El Estado, que se declara amenazado por ellos, o que se declara protector de la sociedad, dándola por amenazada por ellos, es en verdad quien los produce. Produciendo mismidad, produciendo identidades de falaz homogeneidad, produce a la vez alteridades, lo uno con lo otro (lo uno *para* lo otro); algunas, más nítidas, lo suficientemente lejos, lo suficientemente aparte; otras, más perturbadoras, peligrosamente enclavadas o entreveradas en el cuerpo mismo de la Nación. Los parias, dispuestos para un afán de supresión, pueden ser, a la vez, y por eso mismo, indispensables. El Estado los produce, no solo en la sociedad, sino por y para ella. Para que exista ese afuera en su interior y así poner a funcionar sus reflejos de asepsia, de supuración, de inmunización, de homeostasis.

Notoriamente, en la cultura argentina, si se habla de “literatura de fronteras”, o aun de “guerra de fronteras”, no se piensa en las fronteras nacionales, las que separan el territorio nacional del de Chile, Brasil, etc.: no se está hablando de eso. Se está hablando, y así se entiende, de las fronteras que en el siglo XIX separaban el territorio ya dominado por el Estado de las tierras que aún permanecían en poder de los indios (*cf.* Viñas 1982). ¿Qué suponían exactamente esas tierras, ese afuera del más allá de las fronteras, estando al mismo tiempo adentro del espacio nacional (y de hecho se las denominaba así: “tierra adentro”)? Lo mismo que suponen los indios, hasta hoy, en el imaginario de la identidad nacional argentina.

En 1879, uno de los próceres nacionales, Julio Argentino Roca, condujo la así llamada “Campaña del Desierto”: campaña de conquista fundada visiblemente en un oxímoron, consistente en llamarle “desierto” al lugar donde habitaban los indios –Fermín Rodríguez (2010) ha señalado que lo que esa campaña buscaba no era en verdad conquistar el desierto, sino más bien *producirlo*–. La matanza de indios, hito de la historia argentina, se extiende bajo la forma drástica de su tachadura simbólica: a diferencia de lo que pasa con otras identidades nacionales de América Latina, el pasado indígena no ocupa un lugar determinante en la constitución de mitologías de la argentinidad (los mitos de origen, las esencializaciones abstractas, las sublimaciones imaginarias de las diferencias sociales concretas, se resuelven en otros términos: con los gauchos, con la herencia hispánica, etc.). ¿Qué pasa entonces con lo que, pese a todo, del pasado indígena persiste? Por lo pronto, con sus descendientes, que pueden asumirse como tales o no, pero que son físicamente portadores de un legado étnico tan visible como invisibilizado.

Los indios: parias del Estado, o parias de Estado, sostienen, como tales, el proceso de su constitución y su afianzamiento, su afuera y su adentro, su afuera-adentro. Al mismo

tiempo, y siempre en torno de 1880, se produce otro proceso histórico de importancia decisiva para la conformación de un imaginario de la argentinidad, su composición social y su mito de “crisol de razas”: la llegada masiva de inmigrantes europeos al país, promovida activamente por iniciativa política estatal. Su incorporación y su asimilación, extraordinariamente exitosas, la admirable eficacia del sistema educativo para conseguir en poco tiempo su efectiva inclusión cultural no evitaron (tampoco es que quisieran evitar) conflictos y desarmonías, crispadas fantasías de invasión y de expulsión (cf. Bertoni 2001). Algunas de esas fantasías, como a veces pasa, se realizaron: en 1902, fue promulgada la Ley de Residencia o ley de expulsión de extranjeros indeseables. Atraídos y refractados, incluidos y excluidos, deseados e indeseables, argentinos y extranjeros: los inmigrantes, deplorados y reprimidos a partir de su activismo político, de su conciencia sindical, de su anarquismo o de su socialismo (cf. Onega 1982), expresaron igualmente un afuera que se convirtió en adentro, un adentro que se inquietó como afuera, una cierta condición de paria que el propio Estado argentino produjo.

Pienso en la producción estatal de parias, porque hay algo de esa condición singular en los ex combatientes de Malvinas. De un modo por demás específico, que no se compara con los otros casos; pero que convoca en sus términos esa condición de lo que no puede descartarse pero tampoco así sin más erigirse, lo que no puede de ninguna manera expulsarse pero tampoco incorporarse fácilmente. Hay en su situación una base de incomodidad, de descolocación, de incordio; al igual que con el narrador de *Trasfondo*: su lugar es un no-lugar, no están dentro sino en la exclusión, pero no tienen afuera sino adentro. Son el fantasma en el encierro de un barco fantasma. Pero no están muertos, no pienso en los muertos; sino en los sobrevivientes de la guerra de Malvinas: los que pelearon y volvieron.

El Estado los produjo. Pero no por eso dispuso de un lugar adecuado para ellos. No es que no se les dé lugar exactamente; es que no existe todavía el lugar que podría llegar a dárselos, no se lo ha concebido ni se lo ha forjado. Fueron parias, al regreso, y en buena medida todavía lo son. Hay equívocos, incluso, en las formas de designarlos: ¿héroes de Malvinas, ex combatientes de Malvinas, “los chicos de la guerra”, los veteranos de guerra? El heroísmo, como lugar, resulta incierto, y las ficciones literarias calaron prontamente en ese aspecto y no hicieron más que profundizarlo; decirles “ex” es fijarlos en lo que han sido y desatender lo que pueden ser o lo que son; la curiosa superposición de infantilismo (“chicos”) y senectud (“veteranos”) dice más de un desacomodamiento crónico que de la posibilidad de encontrar una colocación determinada.

Son parias: no existe un lugar para ellos. No hay un lugar donde incluirlos, pero tampoco un lugar adonde echarlos. Y eso, según creo, responde en buena medida a una cualidad particular de la guerra de Malvinas. Esa guerra se perdió, y se perdió muy velozmente (pasó casi exactamente un mes entre el día del desembarco argentino y el día en que empezó la lucha; la lucha en sí, la guerra propiamente dicha, duró apenas un mes y medio). No es, sin embargo, el caso de la guerra perdida lo que complica la consagración de heroísmos y la glorificación de los ex combatientes, porque existen derrotas épicas, existe gloria en algunas caídas, se puede perder y ser héroe. La de Malvinas es una historia distinta, no es tan solo una guerra que se perdió, sino una guerra que *convenía* perder. O bien, dicho a la inversa: una guerra que habría sido una entera desgracia ganar.

Y esto por una razón contundente: la sangrienta dictadura militar argentina, implantada el 24 de marzo de 1976 y ya ciertamente muy desgastada en 1982, habría encontrado una firme ocasión de prolongarse en el caso de que la guerra se hubiese ganado. El fervor patriótico de una eventual victoria en Malvinas no habría resultado en otra cosa que en un vehemente capital político de adhesión, con el cual extender el mantenerse en el poder de los dictadores (por más que la adhesión a la causa no supusiera, de por sí, adhesión al régimen). Por el contrario, y en los hechos concretos, la rendición de Puerto Argentino, la caída argentina en la guerra, determinó el comienzo del final para la dictadura militar. El presidente Galtieri fue destituido de inmediato, y a continuación se abrió la transición para el restablecimiento de la democracia en Argentina.

¿Qué héroes pueden verse consagrados en una guerra en la que era preferible perder que ganar? Por ende, y dramáticamente, ¿qué lugar puede asignarse a los que fueron enviados a pelear a esa guerra, sobrevivieron y regresaron? No se trata, evidentemente, de una voluntad de segregar, de los parias que se ven raleados por premeditación social y política, de los marginados y refractados de manera activa y resuelta, sino de esa suerte de “fantasmas” que, habiendo vuelto desde la muerte, no terminan de encajar del todo en ningún homenaje o reivindicación de suficiente estabilidad conceptual. La afectividad sentida y los resonantes ritos del patriotismo no alcanzan a resolver el dilema de una descolocación crónica (¿y no ocurre, acaso, con las propias islas Malvinas, que se las siente propias, se las reivindica argentinas, se las reclama como parte integrante de la soberanía y el territorio nacionales, pero siempre bajo la circunstancia fáctica de que están en manos inglesas, habitadas por ingleses, habladas y nombradas en inglés, que no es sino siendo ajenas que se las siente propias, que no es sino estando afuera (el argentino que las visite tendrá que pasar por migraciones y presentar su pasaporte) que se las siente adentro, que no es sino arrancadas que se las vive como parte integrante?).

Los soldados que volvieron de la guerra de Malvinas no eran como aquellos tan citados de Walter Benjamin en “El narrador”: no volvieron mudos del frente de batalla, no más ricos sino más pobres en experiencias transmisibles (1986: 190). Nada de eso. Volvieron dispuestos a contar qué era lo que habían vivenciado. A poco de terminada la guerra, en 1983, Daniel Kon publicó un libro de entrevistas a soldados que tuvo un éxito de ventas descomunal, bajo un título que se volvió emblemático: *Los chicos de la guerra* (más tarde, a partir del libro, se realizaría una película). En ese texto se definieron algunos rasgos y posiciones de discurso que terminarían estabilizándose (varios años después Graciela Speranza y Fernando Cittadini compondrían un libro entero con puros testimonios de ex combatientes, y esos rasgos y posiciones mayormente se mantenían)<sup>7</sup>. A saber: la victimidad y la minoridad (y no precisamente en el sentido deleuziano del término) de los soldados, la protesta casi unánime por la mala preparación que hubo para la guerra, tanto en equipo y pertrechamiento como en táctica y estrategia; y a la vez, marcadamente, una reivindicación enfática de la gesta como tal, la adhesión indeleble a la causa nacional de Malvinas argentinas.

No son pocos los intentos que se han hecho para dar a los ex combatientes su reconocimiento y su valoración, ya sea mediante algunas iniciativas de gobierno, mediante

<sup>7</sup> Se trata de *Partes de guerra* publicado en 1997 por Grupo Editorial Norma.

homenajes institucionales o mediante diversas intervenciones críticas de quienes se abocaron a una reivindicación que revirtiera el estado general de cosas. Federico Lorenz, por caso, es un historiador que ha dedicado varios libros a la cuestión de Malvinas, ya sea en un registro específicamente historiográfico (*Las guerras por Malvinas*, 2012a), ya sea en un registro testimonial (*Fantasma de Malvinas*, 2008) o ya sea en una novela (*Montoneros o la ballena blanca*, 2012b). Lorenz consigna lo que fue la decisión de las autoridades militares de ocultar a los soldados al regresar de Malvinas, apartándolos y escondiéndolos, y luego, en un sentido más amplio, ya en los años de la democracia restablecida, todo un proceso de desmalvinización y desmilitarización en la sociedad. El corte político con la etapa de la dictadura militar supuso el apartamiento del fervor por la causa Malvinas, y el apartamiento del fervor por la causa Malvinas supuso el relegamiento de hecho de los soldados que allí habían peleado. Sobre ese punto exacto, o contra ese punto exacto, reacciona Lorenz. Y plantea enfáticamente la necesidad de separar, por una parte, la cuestión Malvinas de la dictadura militar; y por otra, a los soldados (conscriptos incorporados al ejército por medio del servicio militar obligatorio) de la conducción (los jefes militares, profesionales y al mando). Si no se logra lo uno y lo otro, alega Lorenz, si no se deja de homologar guerra y dictadura, si no se logra recortar la situación de los combatientes rasos, se está ninguneando sus historias, se está postergando injustamente (cruelmente) la realidad de esos sobrevivientes que, habiendo sufrido las terribles experiencias de los combates, sufren luego la indiferencia de la sociedad a la que vuelven (“Aunque la muerte llame al silencio de estas preguntas, es inaceptable un ninguneo más: el de sus historias”, 2008: 136).

Lorenz va a oponerse así en *Las guerras por Malvinas* a las interpretaciones que no ven en la guerra del '82 sino un recurso del gobierno militar para fortalecer su poder, los que la definen como una aventura y no como una gesta (por lo que no puede constituir héroes), los que la condenan por su origen espurio (Galtieri, el dictador) y pretenden por eso que no puede haber en ella “aristas liberadoras” (2012a: 319) y hasta una “gloria posible” (327). Lorenz reivindica la de Malvinas como una causa justa, imbuida de valores patrióticos que decididamente recupera, más allá del “uso abusivo” (333) que la dictadura militar pueda haber hecho de ellos. Intenta ligar la guerra de Malvinas con los proyectos revolucionarios de lucha armada de los años 70, aunque admite que ese enlace no carece de conflictos. Y subraya que no fue sino la guerra de Malvinas lo que habilitó la vuelta a la democracia en la Argentina.

Pero hay en este argumento un aspecto decisivo que Lorenz no especifica: si esa guerra habilitó, en efecto, la vuelta a la democracia, es porque se perdió. ¿Cómo recuperar, por ende, el mérito de sus combatientes, si es la derrota total lo que nos la ha vuelto apreciable? ¿Cómo recuperar la gesta y la causa justa, si se piensa que todo ese fervor patriótico, y no solo por el uso abusivo que puedan haber hecho los militares, cobra un carácter nefasto, regresivo, reaccionario, más útil a la dominación que a alguna clase de liberación social? Si la posibilidad de erigir una gesta heroica con Malvinas se complica tanto, no es por el origen espurio de la guerra, impulsada por la dictadura, ni es porque estuviese tan mal preparada y conducida, ni es porque no se la pudiese ganar (aunque, en efecto: era imposible). Es porque no convenía ganarla. ¿Cómo resolver, así sea narrativamente, semejante contrasentido?



Lorenz retoma a la antropóloga Rosana Guber en su hipótesis de que los ex combatientes de Malvinas son un sujeto nacional ausente, porque no encajan en “el sistema de clasificación corriente de los argentinos” (339). En el libro *¿Por qué Malvinas?*, Guber coincide con Lorenz en el propósito de separar la guerra de Malvinas de la dictadura militar que la decidió, recuperando y reivindicando lo que la causa Malvinas puede significar como factor de unidad nacional. Así, entonces, si la dictadura con la guerra hizo un uso “sectorial” y “político” de Malvinas, nada impide que se haga luego un uso “inclusivo, democrático, unificador” (lo cual sería, para Guber, no solo posible, sino también deseable) (2012: 114).

Ahora bien, al igual que con el fervor de patriotismo sin abusos castrenses del que hablaba Lorenz, también aquí podría plantearse: ¿y por qué sería tan deseable lograr esa unidad nacional, unidad de dominadores y dominados, unidad de los explotados con sus explotadores, en pos de una causa de soberanía territorial cuyo fundamento es cuanto menos dudoso y cuyo carácter de interés general es más dudoso todavía? ¿Cómo podría otorgarse un lugar de reconocimiento a los ex combatientes de Malvinas por fuera de la propia guerra, que es lo que dolorosamente los convirtió en tales? En efecto, esos ex soldados no encajan. Pero no, como plantea Guber, en el sistema clasificatorio del sentido común de los argentinos, sino en el propio paradigma de la identidad nacional: en su matriz narrativa, en el fundamento de sus mitos de origen, en la configuración histórica de una épica de Estado, en el tipo de valores dispuestos para el establecimiento de un panteón de héroes sacralizados<sup>8</sup>.

La literatura sobre Malvinas (*cf.* Vitullo 2012), más atenta a desestabilizar que a estabilizar, a descolocar que a consolidar, a confrontar con el Estado que a suministrarle valores edificantes para la unidad nacional, captó inmediatamente todo lo que con Malvinas entraba en crisis y se desconfiguraba, y además de plasmarlo ficcionalmente, buscó acentuar su poder de corrosión. Procediendo a la deconstrucción, tan ácida como implacable, de las grandes gestas estatales y aun de los fundamentos de valor de la identidad nacional, esta literatura apostó a los tonos de la farsa en lugar de los de la epopeya, y aun en lugar de los de la tragedia, eximiendo a los soldados (es decir, creando personajes que se eximen a sí mismos) de los deberes del sacrificio y los altares de los credos patrióticos.

Esta alternativa, claro, con su fabulosa potencia crítica, se aceita logradamente en los textos de ficción literaria, con combatientes y sobrevivientes inventados. ¿Qué pasa, sin embargo, con los textos testimoniales, esos en los que experiencias verdaderas son referidas por combatientes verdaderos? ¿Qué es lo que se dice en ellos? ¿Y qué es lo que no se dice o no puede decirse?

La condición de víctimas de los soldados a su regreso no deja de plantear ciertos problemas (de hecho, tanto Lorenz como Guber la discuten o la relativizan, porque deja a los ex combatientes en un lugar de pasividad o en el lugar infantilizado de los “chicos”). Y los plantea porque, si en sus testimonios esos ex combatientes enunciaban su condición de víctimas, mostraban que lo habían sido, no ya de la crudeza de la guerra como tal, ni

---

<sup>8</sup> Trabajé la cuestión de la centralidad del heroísmo militar en la configuración de los próceres nacionales en *Narrar a San Martín* (2005).

tampoco del trato concedido por los ingleses a los prisioneros, sino en verdad, y tanto más, por los propios oficiales argentinos, que los hambreadon y hasta los torturaron en pleno desarrollo del conflicto bélico.

Los soldados de Malvinas fueron víctimas del propio Ejército Argentino. Quedarían por eso más cerca de (o directamente superpuestos a) las tantas víctimas de la máquina represiva de la dictadura, que de algún eventual orgullo patriótico y castrense. Pero no siempre alcanza a resolverse así esa cuestión. Pues predomina en los testimonios de los soldados, tanto a poco de regresar, en 1982, como en posteriores miradas retrospectivas, la tesitura ambivalente de quejarse de la jefatura y los errores de conducción, pero reivindicar el sentido de la gesta argentina como tal; lamentar los malos tratos y la mala preparación, pero declarar enfáticamente que, con mejores condiciones, volverían a pelear en las islas (que están dispuestos a hacerlo o, más aún, que lo desean). Que las Malvinas son argentinas y ellos no cejarán en su determinación de recuperarlas para el país.

A diferencia de los relatos literarios, no aparece en los testimonios el gesto de ruptura de sustraerse del culto de los valores nacionales, ni hay en ellos tampoco la mirada que se aplica a elaborar el sinsentido. Prevalece, y es comprensible, la necesidad vivencial de dar sentido a lo que sucedió. Prevalece, y es comprensible. Hay un dato estremecedor: las vidas que se perdieron, durante la guerra, con los soldados argentinos que cayeron en combate, son menos que las que se perdieron, después de la guerra, con los soldados que se suicidaron. Los suicidios de post guerra superan en número a las muertes que costó la guerra misma.

En marzo de 2007, veinticinco años después de la guerra, el historiador Federico Lorenz viaja a las islas Malvinas. Allí se aboca a detectar las huellas de lo que pasó (un pedazo de frazada podrida, restos de un avión Pucará, hierros oxidados y cables de teléfono, manchas negras en el suelo), y además, en particular, va a visitar el cementerio donde yacen los soldados argentinos que murieron en el frente (es decir, las huellas más lacerantes, los restos en sentido estricto, de todo lo que pasó). En el momento de retirarse, según refiere Lorenz, “de golpe nos rodearon un montón de caballos [...]”. Parecían decididos a que nos quedáramos allí” (2008: 81). Lorenz la define como “esa tropilla fantasma” (82). Y establece a posteriori que “los caballos eran los muertos agradeciendo el gesto” (82) de la visita.

Tropilla fantasma, fantasmas. Los muertos de Malvinas regresan como fantasmas. Pero a esa visión fantasmagórica, producida en pleno cementerio, se agrega otra cosa: la presencia de algunos sobrevivientes de la guerra. Han vuelto a las islas Malvinas, han ido junto con el historiador Federico Lorenz a visitar el cementerio donde yacen sus camaradas. Lorenz asiste a ese retorno, a la necesidad de regresar a los escenarios de la guerra, a su necesidad de regresar incluso a las que fueron sus posiciones de combate. El efecto es notable: las cosas parecen volver a la vida con su sola presencia: “levanta piezas de hierro que tras sus palabras cobran vida” (89). Pero no solamente las cosas, sino también ellos mismos: “Vuelven, parece en ese momento, para terminar de convencerse de que están vivos” (90).

En el cementerio argentino de Malvinas tenemos entonces, por una parte, a los muertos: los muertos que vuelven simbolizados, que vuelven alegorizados, que vuelven como tropilla fantasma; y por otra parte, a los sobrevivientes, es decir, no los que meramente viven,

sino los que siguen viviendo, pero que parece que solamente lo saben, parece que solamente lo sienten, en ese lugar, el cementerio, el lugar de la muerte y de los muertos.

Precisan acudir ahí y volver a su posición de combate. Porque una posición de combate no deja, después de todo, de ser eso: una posición. Un lugar bien definido. Justo eso que, pasada la guerra, justo eso que, fuera de Malvinas, no parece tan sencillo encontrar.

En *Iluminados por el fuego*, libro testimonial que escribió con la colaboración de Gustavo Romero Borri en 1993 y que tendría también su versión cinematográfica, Edgardo Esteban, ex combatiente como concripto, expresa casi sobre la conclusión: “Era como si fuera un extraño en mi propio país: para el Ejército éramos ciudadanos de segunda por el solo hecho de haber pasado a civiles, y para la sociedad también éramos de segunda porque estábamos sucios, éramos como salvajes y, por lo tanto, inadaptados” (202). ¿No es este acaso el retrato cabal (el autorretrato cabal) de un verdadero paria? Extraño, o extranjero, en su propio país; condenado a la inadaptación: a no encajar, a no insertarse.

Edgardo Esteban ofrece como rasgos salientes de sus vivencias de soldado en Malvinas los dos aspectos más recurrentes: uno, la poca edad de los combatientes (chicos, pibes, pendejos); el otro, el de verse fuertemente maltratados por los propios militares argentinos: “¿Quiénes eran los enemigos? ¿Los ingleses o nosotros? Parecía que se ensañaban con sus propios soldados [...]. En realidad, temía más al desequilibrio del suboficial que a una nueva incursión de los ingleses” (92-96). A once años de distancia, Esteban asume enteramente el sinsentido de esa guerra, su carácter esencialmente absurdo, y de hecho la define, aun en su realidad tan terrible, como “una dolorosa alucinación” (58).

En las páginas de *Iluminados por el fuego*, Edgardo Esteban expresa una y otra vez su profunda necesidad de olvidar lo que ha vivido en el frente: “yo mismo quería olvidarme de todo eso, de lo que a mí me había pasado” (76), “De una cosa estaba seguro: quería olvidar, quería desterrar de mi cabeza ese clima nublado que no me dejaban ver ni pensar” (186), “Todo se olvida sin remedio. Valía la pena empezar a olvidar” (202), aun sabiendo que eso nunca podrá conseguirse del todo. Ahora bien: no es lo mismo olvidar que verse olvidado. Una cosa es la necesidad personal de quitarse de encima el agobio de ciertos recuerdos, y otra cosa es el olvido como reacción de la sociedad argentina con Malvinas y sus combatientes. La necesidad de olvido (en lo personal) y la necesidad de memoria (en lo social) traban su conflicto en el relato de Edgardo Esteban. Sobre todo cuando, al regresar por fin al país, se encuentran con un “silencio de muerte” (13), con el ocultamiento y la marginación (es especialmente desgarrador el relato del regreso a su barrio y a su casa, con la expectativa del recibimiento de los vecinos, cuando se encuentra con las calles vacías: no hay nadie esperándolo).

Y es que el regreso es largamente prefigurado y conjeturado en el relato de Esteban, en el lapso transcurrido entre la rendición de Puerto Argentino y el final de los combates, y el viaje de vuelta propiamente dicho. Esa vuelta es, a un mismo tiempo, anhelada y temida. Anhelada, claro, porque la guerra terminó. Y temida, porque hay demasiada incertidumbre pesando sobre ella. Van a volver, sí, van a volver. Pero, ¿tienen un lugar definido? ¿Tienen adónde volver? Van a volver, sí, van a volver. Pero, ¿tienen un futuro en vista? ¿Tienen a qué volver?

Edgardo Esteban adopta la perspectiva de un umbral: ya ha salido de la guerra, está entero, ya es un sobreviviente; pero no pisa todavía suelo argentino, no está todavía

con los suyos. En el pasaje, en la transición entre una cosa y la otra, intenta vislumbrar lo que vendrá y se plantea las cuestiones fundamentales: “¿Qué pasaría al volver? ¿Cómo podría regresar a los mismos lugares amados no siendo ya el mismo? [...]. Sentí miedo ante la posibilidad de que no me pudieran entender” (162); “Mientras miraba hacia la zona de los padres experimenté miedo. Miedo a la sociedad, miedo a no poder insertarme otra vez en el medio de donde había salido” (179); “esa casa en la que soñé estar tantas noches y a la que ahora me asusta volver [...]. Siento un miedo enorme de regresar a las cosas difíciles. A pesar de quererlo, no siento que ése sea mi lugar” (205).

Ese lugar, que no siente como su lugar, es ni más ni menos que su casa, algo supuestamente familiar como “la zona de los padres”. Si no es ese, ¿cuál es su lugar? ¿Cuál es el lugar adonde volver? La tragedia de la guerra ha quedado atrás. Ahora empieza esta otra: que ese lugar pueda no existir. Al que es extraño en su propio país, su casa y su familia pueden llegar a volversele extraños. Edgardo Esteban lo explicita con pasmosa lucidez: “Ya no estoy allá, pero tampoco estoy acá” (207). El ex combatiente regresa y al regresar verifica su inexorable condición de paria: “¿Cómo podríamos seguir queriendo a la Patria cuando esa misma Patria nos reducía a la condición de parias o de esclavos de su inútil grandeza? ¿Cómo podríamos seguir creyendo en la nobleza de una causa justa cuando la injusticia nos hacía sus víctimas?” (200).

Queda dicho, y con crudeza: la Patria los ha reducido a la condición de parias.

Pero queda dicho también: se podría no seguir “queriendo a la Patria”, se podría no seguir “creyendo en la nobleza de una causa justa”. En esa ruptura, en esa sustracción, en esa pérdida de fe, en ese apartamiento y en ese descreimiento, estos parias, sin dejar del todo de serlo, encontrarían, desde la impotencia, una potencia: la potencia de cuestionar y de impugnar todo un régimen de creencias, todo un orden de valores.

Edgardo Esteban lo formula por medio de sucesivas interrogaciones. Al cabo de las cuales, sostiene: “Es algo que nunca podré responderme” (200). En efecto: cuando el que pregunta no tiene lugar, lo que pregunta no tiene respuesta.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio (2000) *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Pre-textos, Valencia.
- BAJTÍN, Mijaíl (1989) *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI.
- BENJAMIN, Walter (1986) *Sobre el programa de la filosofía futura*. Barcelona, Planeta-Agostini.
- BERTONI, Lilia Ana (2001) *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- CLAUSEWITZ, Karl von (1997) *Teoría de la guerra*. Buenos Aires, Ediciones Libertador.
- DIDI-HUBERMAN, Georges (2004) *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*. Barcelona, Paidós.

- ESTEBAN, Edgardo y ROMERO BORRI, Gustavo (1993) *Iluminados por el fuego. Confesiones de un soldado que combatió en Malvinas*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- FOUCAULT, Michel (2010) *¿Qué es un autor?* Buenos Aires, El Cuenco de Plata.
- KOHAN, Martín (2005) *Narrar a San Martín*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- (2014) *El país de la guerra*. Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora.
- KON, Daniel (1983) *Los chicos de la guerra. Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas*. Buenos Aires, Galerna.
- LORENZ, Federico (2008) *Fantasmas de Malvinas. Un libro de viajes*. Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora.
- (2012a) *Las guerras por Malvinas*. Buenos Aires, Edhasa.
- (2012b) *Montoneros o la ballena blanca*. Buenos Aires, Tusquets Editores.
- ONEGA, Gladys (1982) *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- PIGLIA, Ricardo (2016) *Los diarios de Emilio Renzi. Los años felices*. Buenos Aires, Anagrama.
- RATTO, Patricia (2012) *Trasfondo*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- RODRÍGUEZ, Fermín (2010) *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora.
- ROZITCHNER, León (1985) *Las Malvinas: de la guerra “sucía” a la guerra “limpia”*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- SPERANZA, Graciela y CITTADINI, Fernando (1997) *Partes de guerra*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- GUBER, Rosana (2012) *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- VIÑAS, David (1982) *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- VITULLO, Julieta (2012) *Islas imaginadas. La guerra de Malvinas en la literatura y el cine argentinos*. Buenos Aires, Corregidor.